

**P**ERLÓDICAMENTE recorre los cenáculos literarios hispanoamericanos, con mezcla de fruición y desconuelo, la noticia de que Juan Rulfo ha vuelto a beber, de modo que cuando me lo encuentro no es su rostro, algo más redondeado y siempre pálido, su pelo algo más blanco, al aire dulce que a toda su figura pone su sonrisa de niño, esa fluente y secreta ternura que de él emana, lo que miro, sino el vaso de coca-cola que lleva en la mano aunque casi no toca a lo largo de la noche. Es de eso que hablamos ante todo.

Este año cumpla diez sin beber una gota, me dice, exactamente desde 1962 en que regresé del Coloquio de Escritores de Berlín casi destruido por el alcohol. Y no fue a causa de ninguna cura: simplemente dejé de beber. No he vuelto a tener tentaciones, agrega sonriendo.

¡Enigmático Rulfo! Su prudencia, su esquividad, hacen hablar más en América que el eskuendo de esos escritores que no dejan pasar día sin levantar el telón sobre su número de "strip tease". Pero no siempre lo que se habla de él corresponde a la verdad de un hombre cuyo signo dominante es el enraizamiento en su tierra, el fortalecimiento de una tradición española y como popular que a través suyo se prolonga en un momento en que una parte —la más urbana y visible de la sociedad mexicana— parece enajenada de esos valores subyacentes. Hace años recorri con él la tierra suya de Jalisco percibiendo en las palabras de mi guía la identidad profunda que guardaba con los sabores de ese paisaje y de esos hombres, claramente emparentables con los que cualquier lector registra a la lectura de sus obras. Y era un México profundo y ardido el que en su palabra —cogía yo que —conciencia salarada— un México que ya se ha hecho conciencia lúcida. Porque se engañaría quien hiciera de Rulfo un indiecito tocado por el genio, ya que es un intelectual dueño de una compleja biblioteca y de un rico aparato referencial, instrumentos que en él no han suplantado ni destruido las energías originarias.

Este engaño sobre sus capacidades de intelectual moderno, que él a veces propicia con un discreto y me temo que algo malicioso silencio, ha motivado las más desviantes teorías, como aquella que prácticamente atribuye la autoría de Pedro Páramo al poeta mexicano Alí Chumacero. Conversando algún día con García Ponce sobre el tema, éste decía: "Lo que a Chumacero se le debe es el título. Rulfo le había puesto «Los murmullos» y Chumacero propuso el que al fin le quedó. A esta altura yo he vuelto a preferir el título original, que ha recobrado significación en la estética actual. Pero además basta leer la reseña crítica

## EL ENIGMATICO JUAN RULFO

que Chumacero le dedicó al libro en 1955 cuando apareció: una suma de reticencias y de educado descreimiento."

**T**ALES controversiales teorías son hijas del largo silencio creador de Juan Rulfo, que ha dejado pasar más de quince años desde la aparición de sus dos únicos libros (El llano en llamas en 1953 y Pedro Páramo en 1955) sin agregar ningún nuevo título. Sin embargo, esporádicamente han aparecido algunos cuentos, el último el año pasado en la revista "El cuento" (nº 47, julio-agosto de 1971). "Un pedazo de noche", donde se recobra como intacto ese arte de intensidad y de emoción gobernada, ese acento que sólo puede adjetivarse como "rulfiano" y que ya es como indesarraigable de la sensibilidad específicamente latinoamericana a la que él ha contribuido de un modo que se me representa como central. Le pregunto por esos materiales.

"No", me dice, "no son cuentos nuevos. Al contrario, son anteriores a los de El llano, son de cuando yo era policía de Inmigración en Guadalajara y no tenía que hacer otra cosa que pasearme por los pórticos para ver qué hacían los alemanes que habíamos internado durante la guerra." En esa época, que correspondió a su iniciación literaria, cuando publicaron la revista Pan, él, Alatorre y Arreola, y cuando ambicionaba ver impresos sus escritos, remitió varios cuentos a la revista Romance que bajo la dirección de Juan Rejano publicaba en México un conjunto de españoles republicanos recién inmigrados. "Nunca aparecieron", dice Rulfo, "y muchos años después, cuando ya se había concluido la revista y ya habían aparecido mis libros, Juan Rejano me anunció que entre los papeles del archivo había encontrado varios cuentos míos. De allí salió «Un pedazo de noche»."

Este largo silencio ha estado, sin embargo, puntuado por la reiterada noticia de la publi-

cación de una nueva novela, titulada La cordillera, que en alguna ocasión Orfila Reynal anunció en Siglo XXI como de aparición "inminente". Se sabe que es la historia de un "pueblo de cordillera", o sea uno de esos enclaves de la montaña mexicana nacidos del obligado tránsito de mercaderías provenientes de Filipinas con destino a España y que a lo largo del siglo XIX todavía florecieron como puntos de convergencia de una circulación comercial que desde la apertura del Canal de Panamá y la guerra hispanoamericana entró en brusca decadencia. Más que la historia del pueblito cordillerano es la historia de una familia cuyas vicisitudes son, coordinadamente, las del pueblo al cual pertenecen, recorriendo la órbita completa, desde su nacimiento hasta su extinción, pasando por su período de rumboso esplendor, para concluir en la historia particular de las tres hijas solteras en que desemboca la línea familiar.

**D**E esa novela dice siempre Rulfo que está trabajándola, pero la tardanza de su edición también ha motivado las más dispares explicaciones. La última se la he oído a Carlos Fuentes, quien teme que Rulfo se haya inhibido de publicarla a consecuencia de la aparición de los Cien años de soledad de García Márquez, con la cual entiende que La cordillera guarda un cierto paralelismo, dado que en ambas se iraza la historia completa de un pueblito americano en torno a la historia de un linaje familiar. En todo caso este largo silencio prácticamente corresponde a un período diferencial de las letras hispanoamericanas. Aunque en esos años triunfan los libros de Rulfo, conquistan a los lectores del continente y marcan la sensibilidad latinoamericana, la literatura que en el período se hace y publica es bien diferente de la que él prepuso y aun es, en muchos sentidos, contraria. Algo señala a lo ocurrido con los libros de José María Arguedas en Perú o los de Augusto Roa Bastos en el sur. Pero ese período está próximo a concluirse, después de haber sido de dura prueba para su literatura: de él sus libros emergen más templados, con esa contextura recia y escueta de los clásicos, y quizás el nuevo tiempo sea la adecuada circunstancia a la rennaudación de sus publicaciones.

Mientras tanto Juan Rulfo viaja. Es el único escritor mexicano que ha visitado en dos ocasiones América del Sur, y ahora se dispone a viajar a Buenos Aires como representante cultural de su país a los homenajes continentales con motivo del centenario de Benito Juárez. Curiosamente encuentra, en una zona tan intensamente racionalizada y europeizada, una adhesión franca. En él se ve al representante de una Latinoamérica auténtica.